

tosa tarea: acota, delinea, se desazona, compara y busca correspondencias angustiadas, pero manteniendo siempre una prudente vigilia; el tema no lo arrastra y Oliverio Girondo se vuelca en él, se ofrece en espectáculo de tensión recogida, y su espíritu lo derrama en efusión cordial, escueta y blasfematoria.

\* \* \*

HORACIO REGA MOLINA, *Oda provincial*.—Buenos Aires, Ediciones Francisco A. Colombo, 1943. 190 pp.

Vertido en una bella edición bonaerense, Horacio Rega Molina viene a nosotros, como un recio batallador de la tierra provinciana que él evoca; una tierra cargada de nostalgia, cercana y afincada en lo profundo como una pasión, con el aura luminosa de su historia hecha vida. Poeta civil y agonista, sin nada de remoto, poeta de nuestra época tundida y sangrante, de la Argentina de tierra adentro y del alma que se sitúa como espejo del mundo, esta "Oda provincial", junto con los "Sonetos con sentencia de muerte y otras poesías de arte menor", que ceñidamente la siguen, están más vivas para nosotros que muchos *puzzles* poéticos de la nueva generación, mucho más cercanas no obstante el gesto de vate civil que le aproxima a los aedas del siglo XIX, y que, no obstante cierto matiz retórico, inmerso en la manera modernista, hace de él uno de los grandes poetas argentinos.

Caso singular el de este poeta de las horas encantadas, la lluvia, los fragantes árboles, las vísperas del buen amor y los "Domingos dibujados desde una ventana"; para Rega Molina se reclama el retoño de laurel y la corona cívica; cargado de tradición, pero siempre de nuestro tiempo, se distingue por cierto énfasis menor y por la geometría precisa de la métrica. No es como Quintana un poeta frío, de retórica marmórea, sino que traduce la vasta emoción social, conservándose personalista, lírico, aun cuando intente las esculturas verbales. Para buena parte de sectores de la novísima poesía, estará anticuado, porque del verso no hace un imponderable, sino que busca con recato la geometría, y no suprime la métrica ni riñe con las medidas poéticas.

La "Oda provincial" de Horacio Rega Molina transita a través de ochenta y seis páginas de arriscados endecasílabos, que no tienen el énfasis de la poesía heroica, sino la gracia pictórica y el tono menor con que se tratan las cosas cotidianas. La suya es poesía que se dirige a la multitud, que interpreta el alma colectiva de la provincia, sin pedir altavoz, sino

destacando, sobre todo, los reflejos particulares del hombre, la reacción que en el hombre poeta produce el tema provincial.

En su provincia están los elementos nutritivos de la poesía en todas sus fases: la emotiva, la costumbrista, la ética y la social. Lo que representa es la naturaleza y lo esencial de su tierra. Su idioma es más lírico que épico porque canta a una tierra lírica, porque celebra la bondad "de la modesta vida provinciana". Porque su lengua, al cantar pueblos, villas, ríos, campos, el pan y el trabajo, a los oficios y a las tradiciones, se aligera y purifica, es por lo que Rega Molina se aproxima a las esencias. Su espiritualidad no es una espiritualidad abstracta, de estructura racional y deleznable, sino que emerge como un árbol vibrante con las raíces hondamente plantadas en la tierra. De lo provinciano se desgaja y arranca, en su hermosa tentativa patria, el ánimo de Rega Molina para encaminarse a un territorio más alto. El espiritualismo provincial argentino tiene su suelo en estas estancias evocadoras, grandes por su grave emoción ante nobles asuntos, y su territorio sidéreo, en el destino con que parte de su tierra, y en la forma en que lo capta a través de las imágenes y de la música lenta y majestuosa de sus versos, que son a modo de himnos de un culto terrígena y civil, dirigidos eficazmente al pueblo argentino.

Sobre este fondo argentino, místico y pictórico, emerge el otro aspecto fundamental de Rega Molina: el de sus sonetos con sentencia de muerte y otras poesías de arte menor. Cambia la temática pero no el léxico, que continúa claro, lleno de gracioso desgarro provinciano y de actitudes populares. Al mundo lo mira como un escindido microcosmos de seres lacerados y de actitudes agónicas vertidas en sonetos, canciones y baladas. Para encuadrarlo vital y poéticamente, hay que hacerlo a base de puros recuerdos nostálgicos. Soledad, recogimiento y la imagen de los paisajes tucumanos que él conoce y lleva en la sangre, le orientan hacia la probada firmeza y la poesía pictórica que quiere producirse en profundidad. No es un poeta amoroso, pero en su oda y en sus sonetos hay una obsesión constante por el amor, evocado suavemente y por locuciones e imágenes de tareas minuciosas y blandas. Su retórica elude el juego a base de claridad. Correcto y retozón en sus ritmos, Horacio Rega Molina se muestra presionado por las incitaciones de lo externo, predominando en él un sonriente y diáfano decir. Hasta la muerte, que intuye, se le presenta colorista. Está empapado de las mejores esencias clásicas y modernistas y conoce a fondo todas las fórmulas renovadoras.

Por ello, por ser inseparables el lírico y el evocador, porque permanece fiel a su tierra —como Lugones y Capdevila—, por su medida y par-

quedad, en la que se presiente una tenaz labor de pulimento, y porque la presencia de las cosas —tierra, paisajes, patria— surge de la proyección de su sangre y de su espíritu, es por lo que Horacio Rega Molina adquiere la significación de una de las figuras centrales de la poesía argentina contemporánea.

GILBERTO GONZÁLEZ Y CONTRERAS

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Literary Current in Hispanic America*.—  
Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1945.

Este libro de Pedro Henríquez Ureña constituye “una ojeada cultural sobre la América Latina desde la época de los conquistadores hasta el presente”. En los años de 1940-1945, el excelente crítico dominicano disfrutó de la beca concedida por Charles Eliot Norton para que conferencistas de Hispanoamérica expresaran, desde la eminente tribuna de la Universidad de Harvard, su pensamiento sobre temas de la cultura de nuestros países de habla española. No podía encontrarse persona mejor preparada que Henríquez Ureña para desempeñar esta misión. Las conferencias dadas en los meses de noviembre y diciembre de 1940 y febrero y marzo de 1941, convenientemente preparadas para su publicación, con un importante caudal de notas que aclaran los principales puntos del libro, dotadas, al fin, de una amplísima bibliografía, han venido a formar este volumen que puede señalarse como uno de los acontecimientos bibliográficos más importantes del año que acaba de transcurrir.

El autor no se detiene a contemplar sólo el panorama literario de Hispanoamérica; se interesa también en las artes plásticas, arquitectura, escultura, pintura y en la música, como formas de expresión de la cultura de América. En este sentido, la obra de Henríquez Ureña constituye, como él mismo lo manifiesta en el prólogo, una indagación sobre el espíritu de América en “busca de su expresión”. Este término lo había usado ya para designar los ensayos que hace años publicó en Buenos Aires y es grato para el Instituto de Literatura Iberoamericana, cuyo órgano es esta revista, ya que el tema precisamente de su tercer congreso, celebrado en Nueva Orleans, fué una indagación semejante.

No se ha concretado el autor a estudiar los diversos aspectos de la cultura en los países de habla española, sino que ha ido al Brasil a estudiar la obra de sus literatos y de sus artistas. En este sentido, *Corrientes*